

El lápiz perdido

Horacio Emmanuel González Rodríguez

DAVID ENCONTRÓ SU VIEJO LÁPIZ ROJO ESCARLATA debajo del sillón pequeño de la sala de estar, diez años después de haberlo perdido.

Si el primer día de clases no hubiera perdido el lápiz escarlata a las cuatro con cincuenta, no le hubiera dicho a su mamá que le comprara otro; y si su mamá no le hubiera hecho caso de comprarle otro, no hubieran ido a la papelería a las cinco con diez para que él lo escogiera; pero debía de hacer la tarea y no había lápiz rojo escarlata alguno en la casa para que David cumpliera con el trabajo que le encargó la maestra. Su maestra era muy estricta y de seguro lo notaría si David pintaba los pétalos de la rosa, que debían ir de rojo escarlata, con alguno otro; su maestra tenía una vista muy aguda para eso de los colores, el color indicado debía de ser el escarlata, un rojo intermedio entre el bermellón y el carmín.

Si no hubieran ido a la papelería a esa hora, jamás su mamá habría conocido al señor que ahora era el padre adoptivo de David, y si su lápiz lo hubiera perdido cinco minutos más tarde, no habrían encontrado a Roberto formado en la fila para pagar, hubiera sido Luis: un señor dos años más grande que su actual padre, tres kilos más pesado, y tal vez cuatro esposas que lo perseguían a diario para que les ayudara con la manutención de sus hijos.

Ahora, que si hubiera perdido el color verde oliva en lugar de un rojo, las cosas habrían sido distintas, ese color lo hubiera podido falsificar fácilmente con alguna

combinación de verde, amarillo y café, podría no haberle dado tanta importancia como al rojo y hubiera continuado con su tarea; sin embargo, eso era lo que David hubiera creído, que la maestra pasaría por alto la falta cometida por no ser tan visible, pero lo que no sabía David era que ante los ojos de una diseñadora experta no había color semejante que pudiera suplir al indicado.

A las dos con veinte la mamá de David pasaría por él para recogerlo y la maestra estaría esperándola para darle la queja, a las dos con veintiuno la maestra habría observado a la mamá de David de arriba abajo y hubieran renacido en ella esos gustos que creía se encontraban sepultados desde hacía una década, ese sentimiento que ninguna mujer había vuelto a desencadenar en ella desde ese entonces; a las dos con veintiséis, la maestra los habría despedido haciéndoles saber que no había problema alguno; a las dos con treinta y cinco y el resto del día la maestra hubiera seguido pensando en ese encuentro para no olvidarlo jamás y se hubiera valido de cualquier artimaña para citar nuevamente a la mamá de David y tener la dicha de su presencia, y quién sabe si algún día hubiera podido existir una relación más estrecha que simplemente ser la maestra de su hijo.

Lamentablemente para el futuro de la maestra, el color que perdió David fue rojo escarlata y no verde oliva. David nunca se enteró de lo que podría haber sucedido de haber perdido cualquier otro lápiz; se acercó al cesto de la basura y se deshizo de él. ■■■